

Los hombres entigrecidos
Hecho colonial, mitología nacional y
violencia en la cuenca media del río
Magdalena, Colombia

Tomo II. La génesis de un paisaje tropical

Los hombres entigrecidos

Hecho colonial, mitología nacional y violencia en la cuenca media del río Magdalena, Colombia

Tomo II. La génesis de un paisaje tropical

Adrián Serna Dimas



CIUDADANÍA
& DEMOCRACIA



UD
Editorial



© Universidad Distrital Francisco José de Caldas
© Instituto para la Pedagogía, la Paz y el Conflicto Urbano (Ipazud)
© Adrián Serna Dimas

Primera edición, noviembre de 2020
ISBN de la obra completa: 978-958-787-250-7
ISBN del tomo II: 978-958-787-252-1

Dirección Sección de Publicaciones
Rubén Eliécer Carvajalino C.

Coordinación editorial
Edwin Pardo Salazar

Corrección de estilo
Nathalie De la Cuadra N.

Diagramación y montaje de carátula
Sonia Lucía Güiza Ariza

Imagen de portada
Mapa corográfico de la provincia de Vélez (1850).
Biblioteca Nacional de Colombia, fmapoteca_9_fagn_9
[Atlas de la Comisión Corográfica 1850]

Editorial UD
Universidad Distrital Francisco José de Caldas
Carrera 24 No. 34-37
Teléfono: 3239300 ext. 6202
Correo electrónico: publicaciones@udistrital.edu.co

Catalogación en la publicación – Biblioteca Nacional de Colombia

Serna Dimas, Adrián

Los hombres entigrecidos : hecho colonial, mitología nacional y violencia en la cuenca media del río Magdalena, Colombia / Adrián Serna Dimas. -- 1a. ed. -- Bogotá : Universidad Distrital Francisco José de Caldas, 2020.
p. -- (Ciudadanía & democracia)

Incluye datos del autor. -- Contiene referencias bibliográficas.
-- Contenido: Tomo I. El trópico en escombros -- Tomo II. La génesis de un paisaje tropical -- Tomo III. Faenas de un mundo primordial -- Tomo IV. Poética de la tierra caliente -- Tomo V. El río de las tumbas.

ISBN 978-958-787-250-7 (obra completa) --978-958-787-251-4 (tomo I) -- 978-958-787-252-1(tomo II)
-- 978-958-787-253-8 (tomo III) -- 978-958-787-254-5 (tomo IV) -- 978-958-787-255-2 (tomo V)

1. Antropología social – Investigaciones - Magdalena Medio (Región) 2. Violencia - Magdalena Medio (Región) 3. Magdalena Medio (Región) - Condiciones sociales - Investigaciones I. Título
II. Serie

CDD: 301.072 ed. 23

CO-BoBN– a1059176

Todos los derechos reservados.
Esta obra no puede ser reproducida sin el permiso previo escrito de la Sección de Publicaciones de la Universidad Distrital.
Hecho en Colombia

Contenido Tomo II

Prólogo: La génesis de un paisaje tropical	9
1. Las especies náufragas	11
I. Vírgenes, brujas y reinas	11
1. <i>Virgenes</i>	12
2. <i>Brujas</i>	39
3. <i>Reinas</i>	61
II. Un mundo de espantos	73
1. <i>Los espantos del platanal</i>	75
2. <i>Los espantos de la mina y el cultivo</i>	80
III. El fantasma del indio antiguo	94
1. <i>Una geografía del expolio</i>	95
2. <i>Las sepulturas Indias</i>	108
3. <i>Los amores indios</i>	116
4. <i>Los indios rebeldes</i>	137
IV. Las especies náufragas y la mimesis de la violencia	144
2. La invención de una región	149
I. Historia y geografía de una cuenca	151
II. Una frontera para las razas regionales	156
III. Un territorio común para las montañas andinas	175
IV. Las provincias perdidas	182

1. <i>Las ciénagas del sur de Bolívar</i>	182
2. <i>Las selvas del Carare-Opón</i>	187
3. <i>El territorio Vásquez</i>	199
4. <i>El Occidente de Boyacá</i>	205
V. La colonización de los militares	220
1. <i>La colonización del sur de Bolívar</i>	220
2. <i>La colonización del Carare-Opón</i>	224
VI. Una región para el desarrollo	236
VII. La zona roja	250
1. <i>El rojo del comunismo</i>	250
2. <i>El rojo de la delincuencia</i>	258
3. <i>El rojo de la sanidad</i>	262
4. <i>El rojo de la moral</i>	273
5. <i>El rojo de la seguridad nacional</i>	281
VIII. La región para la rehabilitación	294
IX. La invención de una región y las idiosincrasias de provincia	299
Referencias bibliográficas	307
I. Bibliografía de fundamentación teórica y metodológica	307
II. Bibliografía sobre antropología, historia y sociología del Magdalena Medio	308
III. Bibliografía sobre arqueología, etnohistoria y etnolingüística del Magdalena Medio	310
IV. Bibliografía suplementaria	311
V. Crónicas de Indias y documentos coloniales impresos	317
VI. Documentos de agencias gubernamentales y no gubernamentales	317
VII. Documentos hemerográficos	319
XIII. Documentos de terreno	322
IX. Literatura de viajes y documentos de época	322
X. Monografías locales y regionales	326
XI. Obras folclóricas y literarias	326

Fuentes del material gráfico	329
I. Diagramas	329
II. Fotografías	329
III. Ilustraciones	330
IV. Mapas	331
V. Tabla	332

Prólogo

La génesis de un paisaje tropical

Los escombros de los mundos primordiales están esparcidos por las distintas provincias que forman la región del Magdalena Medio, pero no en la forma de indicios o vestigios como los que se aglomeran alrededor de términos como el de *cultura material*, esos que se deben a la vida artificiosa de los museos, que por demás solo tienen la aspiración de convertirlos en medios para representar historias, sociedades o culturas desaparecidas o desconocidas. Los escombros de los mundos primordiales magdalenenses, es decir, los indicios o vestigios que al sepultar los mundos del río son al mismo tiempo los únicos testimonios que sobreviven de estos, pasan habitualmente desapercibidos no solo por simples, sino también porque persisten en sus funciones primordiales: el platanal enfangado en las riberas del río o cubierto por el polvo de los caminos; los vallados en guadua que imitan al bosque donde solo hay potreros o que imitan al potrero donde solo hay bosques; las trochas que atraviesan los filos o bajan por las cordilleras con la mera parecencia de las bestias; las técnicas y tecnologías obsoletas que se resisten a desaparecer o que se sabe que reinarán seculares en unos parajes olvidados, como la canoa furtiva en el cada vez más desolado río o el trapiche de sangre que suena como matraca vieja entre las fincas de la vertiente. Las ruinas de los mundos primordiales son obviamente de un carácter elemental, de una simplicidad abrumadora, de una rusticidad tal que no tienen cómo concitar la atención de unas ciencias sociales cada vez más capturadas por la sofisticación de unos discursos o la profusión de unas metáforas alejadas de ese país de campesinos que fueron nuestros abuelos y nuestros padres —como

si los científicos sociales hubiesen perdido el rastro del platanal que está en sus propios orígenes y en los orígenes de nuestras ciencias sociales—.

Pero de los mundos primordiales sobre la cuenca media del río Magdalena no sobrevivieron únicamente escombros, sino también unas especies náufragas: unas entidades que en medio del colapso comenzaron a vagar por unas estructuras sociales, económicas, políticas, culturales y políticas en principio extrañas, las cuales no obstante las acogieron porque estas entidades traían de sus mundos de procedencia, de la fuerza mítica de sus orígenes, la capacidad de mimetizar contradicciones o de emplazarlas fuera del alcance de la política. Las tres especies náufragas más relevantes son, en primer lugar, los emblemas femeninos encarnados en las vírgenes, las brujas y las reinas; en segundo lugar, los espantos del río, la selva y la montaña; en tercer lugar, el indio antiguo. Aunque en la superficie se podían considerar como entidades concretas inscritas en unos momentos históricos específicos, en los sustratos eran en realidad unas formas de codificar simbólicamente una serie de apuntalamientos que eran el sostén de los mundos primordiales, como los involucrados con la relación entre lo masculino y lo femenino, entre el suelo y el cielo, entre los cauces de las aguas y los sembrados en la tierra, entre los frutos naturales y los productos cultivados, entre los hombres y las mujeres. Las especies náufragas expuestas más allá de sus orígenes, utilizadas en cuanto tenían de violencia mitológica, delataban el hundimiento definitivo de los mundos primordiales y su apropiación para la colonización violenta del mundo social por parte de distintos agentes armados. Por todo esto, las especies náufragas, que se crearían entidades limitadas al ámbito religioso, al mágico y al festivo —que en la superficie serían expresiones de las formas más puras, más silvestres y más idílicas de la cultura—, se erigieron en una suerte de realización ejemplar y ejemplarizante de la simbiosis entre cultura y violencia que estuvo presente en los procesos que le dieron forma a regiones como el Magdalena Medio en las últimas décadas.

1

Las especies náufragas

*El Magdalena es un largo
proyecto de mar...*

Gonzalo Buenahora,
Sangre y petróleo, 1970.

I. Vírgenes, brujas y reinas

El mundo social de las distintas provincias de la región del Magdalena Medio fue configurado alrededor de unas faenas cotidianas que, en cuanto prácticas sociales consuetudinarias, pudieron asimilar en su propia materialidad distintos procesos históricos mimetizando las relaciones de los hombres entre sí bajo la forma de relaciones del hombre con la naturaleza. Este proceso de asimilación y mimesis de la naturaleza en la cultura y de la cultura en la naturaleza se encuentra en la génesis de las denominadas idiosincrasias provinciales y regionales, objetos de culto folclórico y patrimonial. No obstante, en las décadas finales del siglo XX, en medio de la imposición de un modelo económico liberal y de la intensificación del conflicto social, político y armado en el país, estos mundos de provincia con sus faenas y productos entraron en una crisis profunda, de caracteres irreversibles, que apenas si pudo ser allanada con la propagación de los cultivos de coca y amapola con su inaudita carga de novedad, de contradicción y de violencia originaria subsumida en la propia violencia armada de entonces.

Para los análisis predominantes hasta hoy en día, el desplazamiento de unos cultivos emblemáticos por unos cultivos problemáticos ha quedado reducido en lo fundamental a un cambio en la oferta productiva, en la organización del mundo rural, en la estructura de las economías de las provincias o de las regiones, o en la transformación cuantitativa de la confrontación armada,

desconociendo que detrás de este acontecimiento se produjo una quiebra definitiva de unos mundos primordiales, una erosión de la consistencia mítica de lo existente, si se quiere, el derrumbe de las últimas empalizadas que sostenían la aldea original con sus platanales en las márgenes del río Magdalena. El trabajo de campo realizado a mediados de los años noventa fue precisamente un recorrido por estos mundos primordiales en franco deterioro, a medio camino entre un ordenamiento mítico en el que costaba creer y un ordenamiento histórico que era difícil aún representar, es decir, en el umbral enrarecido de las mitologías.

Las improntas de ese mundo primordial en retirada permanecen aún a la vista, aunque cuesta reconocerlas como tales, tanto como cuesta reconocer las durmientes del mito en las expresiones de la religión. El mundo primordial del Magdalena Medio, donde el agua, la tierra, el aire y el fuego se manifiestan en forma de río y de ciénaga, de cultivo y de mina, de cielo y de gas, de caña y de petróleo, pareciera por efecto de la historia un pasado lejano, un tiempo remoto, tan distante que se puede considerar que su existencia apenas es una cuestión legendaria —esto, a pesar de que la población del país fue eminentemente rural hasta hace medio siglo, de que la mayor parte del territorio nacional sigue siendo predominantemente rural hasta el presente y de que buena parte de las gentes de las ciudades desciende en línea directa de las estirpes criadas entre los platanales de la aldea original—. Pero basta buscar las especies náufragas que sobreviven de ese mundo original en nuestro presente para que, en su condición de ruinas —esto es, en su condición de escombros que sobreviven de ese mundo primordial aun a costa de sepultarlo o de oscurecerlo—, permitan adentrarnos al derrumbe del ordenamiento mítico de las sociedades tradicionales de la cuenca media del río Magdalena —al hundimiento de la mitopoética del río Magdalena— y así poner en evidencia la proximidad histórica de todo este acontecimiento del que, sin duda, las generaciones más recientes somos hijos. En medio del derrumbe de este ordenamiento mítico hay una primera especie náufraga que tiene forma femenina o, mejor, que por medio de la feminidad describe unos modos de relación de las gentes con el mundo. En esta primera especie náufraga, están comprendidas las vírgenes, las brujas y las reinas.

1. Vírgenes

Si una figura religiosa tiene ascendencia a lo largo de la cuenca del río Magdalena esta es la Virgen María en sus diferentes advocaciones, cada una con sus respectivas festividades, las cuales incluyen desde eventos religiosos como procesiones, rosarios y misas, hasta eventos sociales como alboradas con fuegos artificiales, cabalgatas, corralejas, corridas de toros, bazares y fiestas masivas. En poblados como Puerto Wilches, Barrancabermeja, Puerto Berrío, La Dorada y Honda, la advocación más importante es sin duda alguna la Virgen del Carmen, cuyas fiestas se celebran en julio. En Gamarra la advocación más

importante es Nuestra Señora de la Inmaculada Concepción, cuyas fiestas se celebran en febrero. En Simití y Santa Rosa del Sur, la principal advocación es Nuestra Señora de la Original, cuyas fiestas se celebran en diciembre. En Muzo, la Virgen de la Naval, cuyas fiestas se celebran en octubre. En Guaduas, Nuestra Señora del Buen Suceso, cuyas fiestas se celebran en septiembre. En Beltrán, Nuestra Señora de la Canoa, cuyas fiestas se celebran también en septiembre. En Melgar, la Virgen de la Candelaria, cuyas fiestas se celebran en agosto. Más hacia las vertientes altas de la cordillera Oriental, en el Occidente de Boyacá, la advocación más importante es Nuestra Señora de Chiquinquirá, cuyas fiestas se celebran en julio. En la provincia de Rionegro en Cundinamarca, la Virgen de la Asunción de La Palma, cuyas fiestas se celebran en agosto.

Las advocaciones de la Virgen María que se extienden más allá de un poblado o de una provincia tienden a estar asociadas a la constitución misma del mundo campesino, a las faenas cotidianas, a los oficios preponderantes, a los distintos cultivos, a los productos de la naturaleza o, en general, a ciertas rutinas que gobiernan la cotidianidad como pescar o cosechar; así sucede con advocaciones como la Virgen del Carmen, la Virgen de Chiquinquirá y la Inmaculada Concepción. Las advocaciones de la Virgen María circunscritas a un poblado o a una provincia en particular tienden a estar prendadas a unos acontecimientos o eventos concretos. Así, la advocación de la Virgen de La Original de Simití está asociada a los milagros que la Inmaculada Concepción hiciera a las gentes de la ciénaga, el primero de ellos su propia aparición misteriosa en un lienzo tosco en casa de una familia campesina, el cual, una vez consagrado, se encargó de proteger al poblado de epidemias, sequías, pobreza, incendios y ataques violentos. La advocación de la Virgen de la Canoa de Beltrán está asociada a la aparición que hiciera Nuestra Señora del Rosario a unos esclavos en las riberas del Magdalena, y desde entonces se convirtió en patrona de pescadores y bogas —con semejanzas estrechas con Nuestra Señora de la Caridad del Cobre, también conocida como “La Cachita” cubana—. La advocación de la Virgen de la Asunción de La Palma está asociada a los milagros que la imagen de Nuestra Señora de la Asunción hiciera por esta provincia; el primero de ellos salvar al poblado de La Palma, recién establecido por los españoles, de los ataques de los fieros indios muzos y colimas. La advocación de la Virgen del Buen Suceso de Guaduas está asociada con los buenos sucesos que han tenido lugar en el poblado desde los tiempos prehispánicos hasta la República por cuenta de la ubicación de este sobre el camino real entre Honda y Bogotá —advocación de la Virgen como guía de la historia, a la cual son especialmente devotos organizaciones o grupos ultraconservadores— (Ilustraciones 1 a 4).

Con todo, en el conjunto de los poblados de la región del Magdalena Medio la advocación más importante es Nuestra Señora del Carmen, más comúnmente conocida como la Virgen del Carmen. Esta advocación tiene su origen

en la aparición que la Virgen hiciera ante el superior de la Orden del Monte Carmelo en Tierra Santa en el siglo XIII para hacerle entrega del escapulario que debía redimir las almas que penaban en el purgatorio —esto en el contexto de las Cruzadas—. Esta advocación de la Virgen con el escapulario fue especialmente utilizada por los conquistadores españoles, quienes tempranamente la erigieron en la patrona de los poblados ribereños del Magdalena, en el amparo de pescadores, navegantes, transportadores, mineros y agricultores, y en uno de los emblemas para la evangelización de los indios. La fiesta de la Virgen del Carmen o fiesta del Carmen se celebra el 16 de julio en todo el país, aunque goza de especial ascendencia en los poblados asentados en las llanuras de la costa Caribe, en las riberas del río Magdalena y en el altiplano cundiboyacense.

La fiesta del Carmen es organizada por los gremios del transporte, tanto de río, como de las carreteras. El acto principal es una gran procesión encabezada por la imagen de la Virgen rodeada de flores, la cual es llevada en andas por algunos cargueros o conducida encima de una canoa, una chalupa, un tractor, un bus o un camión. Pude asistir a la fiesta del Carmen en Útica en 1996. Días antes se notaba el ambiente de fiesta en el poblado, que se extendía incluso hasta las veredas más alejadas —muchos campesinos estrenaban vestuario ese día, que es considerado incluso tan importante como la propia Navidad—. El día señalado la fiesta empezó a las cinco de la mañana con una gran alborada con fuegos artificiales, que se prolongó por casi una hora. A las diez de la mañana empezó la procesión, dominada por los buses intermunicipales de la provincia, los camiones de la plaza de mercado y los vehículos oficiales, en un recorrido de casi dos horas. Tras la procesión vino una misa en la plaza principal del poblado, que se extendió casi una hora más. Después de la misa la gente buscó un lugar donde almorzar en familia para luego esperar, promediando la tarde, el inicio de una corraleja —una especie de corrida de toros bastante informal animada con música y mucho licor en unas tribunas levantadas provisionalmente para el caso— (Diario Tobiagrande-Puerto Salgar, 160796).

Ilustración 1. Imagen de Nuestra Señora del Carmen o Virgen del Carmen



Fuente: archivo de investigación (iconografía popular latinoamericana)

Ilustración 2. Programa de la Fiesta del Carmen

**Programa de las Fiestas de la Virgen de Carmen,
Día del Campesino y II Encuentro Regional de
Música Popular.**

Vetas, Santander - Julio 16 y 17

Sábado, Julio 16

5:00 a.m. Alborada musical a cargo de la Banda de Los Andes
9:30 a.m. Desfile de vehículos con la Carroza de la Virgen de Carmen,
desde El Pozo hasta la plaza principal.
10:00 a.m. Misa Campal en honor de la Virgen del Carmen por intención
de Mineros y Transportadores de la región y entrega de
escapularios.
11:00 a.m. Iniciación del II Encuentro Regional de Música Popular.
1:00 p.m. Primera eliminatoria de música guscarriera.
3:00 p.m. Primera eliminatoria de música tradicional colombiana (b) para
grupos de tres o menos integrantes. Saldrán tres finalistas.
5:00 p.m. Primera eliminatoria de música tradicional colombiana (b) para
grupos de cuatro o mas integrantes. Saldrán tres finalistas.
8:00 p.m. Gran quema de pólvora, ofrecimiento de las Empresas Mineras
de Vetas.
9:00 p.m. Baile en el Coliseo amenizado por magnífica orquesta

Domingo, Julio 17

5:00 a.m. Alborada musical a cargo de la Banda de los Andes.
8:30 a.m. Misa en honor de San Isidro Labrador.
9:30 a.m. Iniciación de los actos del "Día del Campesino", entrega de
premios y agasajo a los trabajadores del agro.
12:00 m. Continuación del II Encuentro Regional de música Popular
de acuerdo a la programación.
5:00 p.m. Acto de premiación del II Encuentro y Final del Certamen.

GRAFICAS Mercurio
Tipografía - Litografía - Tarjetería Fina para Grados,
Matrimonios, Quince Años y Bautizos.
Calle 33 No. 12-35 Teléfono 336340 Bucaramanga
© Biblioteca Nacional de Colombia

Fuente: Biblioteca Nacional, fp_23_fbnc_23

Ilustración 3. Imagen de la Inmaculada Concepción de María



Fuente: archivo de investigación (iconografía popular latinoamericana)

Ilustración 4. Imagen de Nuestra Señora de Chiquinquirá, Patrona de Colombia



Fuente: archivo de investigación (iconografía popular colombiana)

La Virgen del Carmen es invocada cotidianamente para redimir a los pecadores, para devolver al redil a las ovejas descarriadas, para proteger a los disolutos y, en general, para amparar a las gentes de las acechanzas del mal, lo que se consigue portando con devoción el sagrado escapulario. La Virgen del Carmen es igualmente invocada en el trance definitivo del agonizante, como el soporte para que las gentes puedan redimir pronto sus pecados en el purgatorio, razón por la cual en algunos contextos también se le conoce como la Virgen de la Buena Muerte. En uno u otro sentido, el don superior que profesa la Virgen del Carmen es el de asegurar a las almas de las gentes para el reino de Cristo. Precisamente fue en virtud de este don superior que la Virgen del Carmen adquirió relevancia en el curso de los siglos, en medio de un mundo rural expuesto a todo tipo de riesgos, peligros y calamidades que, sin importar su naturaleza, se consideraba que tenían en su origen la presencia del maligno.

Así, las gentes de los campos consideraban que la mala cosecha, la muerte de una bestia, las enfermedades de la familia, las disputas entre vecinos, las sequías o las inundaciones del río tenían en medio los ardides del demonio y sus vástagos sobre la tierra. En un mundo primordial donde las cosas y las palabras resultaban inseparables, donde para el Estado y para la Iglesia las gentes eran almas expuestas, la Virgen del Carmen apareció como una entidad que aseguraba el más acá y el más allá como si fueran un solo mundo. Incluso, se puede afirmar que para una religión como la cristiana, que no solo descansaba en unas estructuras fundadas en las prácticas agrarias propias de viejas sociedades paganas, sino que en sus dogmas y liturgias era profusa en alusiones a la tierra y al agua así como al cultivo y a la pesca para explicar tanto la acción divina, como los artificios demoniacos, la Virgen del Carmen apareció como la figura celestial propicia para cuidar por igual las cuencas, las sementeras y los poblados; era una entidad sagrada que debía evitar las infestaciones que alejaban los peces, arrasaban los cultivos o consumían las almas de los hombres. Fue así como la Virgen del Carmen se convirtió en la tutora por excelencia de las distintas faenas cotidianas en medio de una región tórrida agreste como la cuenca media del río Magdalena.¹

1 La relación entre el Dios-cultivador, la Iglesia como campo, el hombre como semilla y Satanás como cizaña es llevada hasta sus últimas consecuencias en distintos tratados pastorales, como uno muy célebre escrito por Felipe de la Virgen del Carmen Echeverría en la primera mitad del siglo XIX en España. A propósito de la parábola bíblica del trigo y la cizaña, el presbítero propuso la siguiente interpretación para uso de los párrocos en sus homilias: “[El] hombre que sembró su campo es Jesucristo nuestro Salvador, padre verdadero de familia; pues nos hizo hijos suyos cuando por el pecado de Adán éramos hijos y esclavos del demonio: el campo es la Iglesia católica que plantó él mismo, la cultivó con su trabajo, y la regó con su propia sangre: la semilla que sembró en ella es la doctrina y fe católica; simiente buena, y sabemos que es buena, porque el mismo Señor que no vino más que a buscar nuestro bien la sembró, esto es, la predicó y enseñó con aquellas palabras de vida eterna que salían de su boca, y como tal la ha revelado a su Iglesia. Se conoce que es buena por los frutos exteriores que produce, y las infinitas señales con que el mismo Dios la ha acreditado. Estos son poderosísimos motivos para que nosotros

Por el don superior de asegurar las almas para el reino de Cristo fue que la Virgen del Carmen se erigió en la entidad fundamental no solo de los conquistadores españoles en la evangelización de los indios y los negros, sino también de los sectores más radicales del catolicismo colombiano en la cruzada emprendida contra el liberalismo primero y contra el comunismo después —tanto más desde 1917, año cuando coincidieron los anuncios sobre las apariciones marianas en Fátima y sobre los sucesos de la Revolución bolchevique en Rusia, que tan alto impacto causaron entre la clerecía de un país conservador como Colombia—. La evangelización contra el paganismo indígena y africano emprendida por los doctrineros españoles y la cruzada anticomunista emprendida por el integristismo católico poniendo a la cabeza a la Virgen habrían de concurrir, a pesar de sus evidentes distancias en el tiempo, en la cuenca media del río Magdalena, entre los años veinte y sesenta, a través de un personaje que pasó a la historia de la Iglesia como siervo de Dios y a la historia de Colombia como uno de los máximos instigadores de la violencia partidista: Miguel Ángel Builes.

Builes nació en Donmatías en 1888 y fue ordenado sacerdote en 1914. Desde sus años de seminarista Builes se consideraba un hombre asediado por el demonio, lo que incluso había llevado a la locura a sus gentes más cercanas —como la ayudante que un día cualquiera “se dio a andar por las calles, cubierta nada menos que con los vestidos de los santos que se guardaban en la casa cural” (Olano, 1979, pp. 77-78)—. Pero también, desde ese entonces, Builes se consideraba un hombre bendecido por las apariciones de la Virgen que le inculcaba las tareas que debía acometer para la redención de las almas. Una vez ordenado, Builes emprendió labores de evangelización en los poblados más remotos del Nordeste y el Magdalena Medio antioqueño, entre ellos Remedios y Segovia. Allí acusaba la proliferación de prácticas mágicas, hechiceras y demoniacas que incitaban a la gente a perseguir a los sacerdotes y a renegar de la fe verdadera (Anónimo, 1934, p. 95; Olano, 1979, pp. 64, 65 y 79). Para Builes y sus misioneros, en estas provincias había “[...] multitud de oraciones malas y monicongos y supersticiones que usan estas y otras gentes, que mientras menos doctrina cristiana saben, más supersticiones aprenden, poniéndolas por supuesto en práctica” (Anónimo, 1934, p. 194) —el tono de la crónica recuerda el de los

creamos que es buena esta fe, que es cierta, y por consiguiente capaz de hacernos fructificar de modo que nos hagamos dignos de entrar en el granero celestial. ¿Pues de dónde proviene que en esta Iglesia hay cizaña? ¿Por qué siendo cierta nuestra fe, y la doctrina que ella enseña, hay tanto incrédulo, tanto hereje, tantos cristianos de nombre, que ponen en duda esta doctrina y fe católica? Ha! El enemigo de Dios, y de los hombres, que es el demonio, la ha sembrado. El demonio envidioso de nuestra felicidad, y deseoso que, en el día del juicio, que es el tiempo de la siega, cual cizaña impura seamos separados por los Ángeles del trigo elector, que son los que se justificaron por la verdadera creencia; y nos veamos en el pábulo de las llamas infernales. Por esta razón siembre las malas doctrinas contrarias a la religión que profesamos, ya pervirtiendo nuestro corazón, ya por medio de sus secuaces que con sus máximas y ejemplo confunden la verdadera doctrina con la falsa” (Echeverría, 1828, pp. 168-169).

misioneros españoles de los siglos XVI y XVII—. En uno de sus itinerarios por estos poblados remotos, la misión de Builes encontró un abrazapalo (*Anthurium crassinervium*), un bejuco que envuelve a los árboles grandes hundiéndolos sus raíces sobre el tallo y las ramas hasta secarlos definitivamente. El abrazapalo concitará en los misioneros una reflexión en la que se dilucida una estrategia recurrente de la retórica de Builes: asociar las especies naturales con el alma de los cristianos, a la selva oscura con el infierno, a la tierra domesticada con el cielo. Sobre el abrazapalo el misionero dirá:

Reflexionando sobre la acción y los efectos del abrazapalo vimos en él una imagen viva de estas pobres gentes perseguidas por el abrazapalo de la inmoralidad y convertidas al fin en despojos humanos y restos no más de lo que fueron. Entre tanto la más degradante impudicia se alza victoriosa, cubierta de rica fronda y echando a volar sus semillas en alas de los vientos, en busca de nuevas ceibas y nuevos cedros qué devorar! Y son los individuos los que aparecen por estos mundos como ceibas muertas, y son las familias y los pueblos los que aparecen como las selvas milenarias y los cedros libaneses y los demás árboles del bosque destruidos por el bosque de “abrazapalo”, dejando apenas uno que otro zuribío afortunado que bebía agua junto al río, o junto a la fuente cristalina, que son las poquísimas almas que frecuentan los sacramentos y respetando solo las plantas pequeñas y humildes, imagen de los niños, únicas florecitas que por su edad no caen bajo la furia destructora e inexorable del abrazapalo. (Anónimo, 1934, pp. 203-204)

La resonancia de la misión evangelizadora de Builes condujo a las autoridades eclesiásticas a nombrarlo como párroco de Remedios, desde donde el joven sacerdote instauró lo que, a su parecer, debía ser una auténtica cruzada contra las terribles amenazas que se cernían sobre la religión verdadera: el paganismo idólatra y las ideologías perversas. Para tal efecto, estableció en 1923 la Imprenta de La Espada, que debía constituirse en su arma contra la desmoralización que atentaba contra la cristiandad en esta parte del país. El editorial de la primera edición dejaba clara la cruzada que Builes tenía en mente:

La defensa es permitida en todo caso y obligatoria en muchos. La defensa de la verdad atacada por el error se impone hoy, como se impuso ayer, como se impondrá siempre; la defensa de los derechos de Dios acometidos furiosamente por los secuaces de Luzbel, nos llama a todos a las armas; y esta patria tan querida cuyo horizonte se va oscureciendo más y más por negros nubarrones mensajeros fatídicos de horrible tempestad, hace resonar sus clarines llamando a los hijos a las armas. Esas armas son hoy los tipos de imprenta; y la defensa de la verdad conculcada por la mala prensa, y los derechos de Dios y de la Religión amenazados de muerte nos llaman a la lid... // Queremos la paz, no la paz del mundo maldecido, que no la puede dar, sino la paz de Dios; y esa paz se alcanza por la guerra y a la guerra no se puede ir sin espada. (citado por Olano, 1979, p. 81)

En 1924, con apenas diez años de ejercicio sacerdotal, Builes fue elevado a la condición de obispo de la recién creada Diócesis de Santa Rosas de Osos, que se extendía por un territorio del que Monseñor Roberto Giraldo dijera que estaba afectado por “[...] la ignorancia entre la masa popular, [así como por] las supersticiones en algunos sectores extraños a la acción sacerdotal” (Olano, 1979, p. 127). Una vez en el episcopado Builes encontró las condiciones para adelantar una obra fundamental que avizorara precisamente cuando se internó, siendo misionero, en las vertientes selváticas hacia el río Magdalena: la creación de un seminario para misioneros en capacidad de finiquitar la conquista espiritual sobre los indios y los negros que no pudiera acometer España por cuenta de la ambición por el oro que engeguenció a sus soldados y misioneros. Sobre esta visión de tonos místicos que auspiciaba la evangelización sobre la puesta en escena del milagro dirá uno de sus biógrafos:

Abandonando las goteras de Remedios encontró terreno sin arar. Por las vertientes del lado oriental, donde los montes parecen que se derramaran sobre el río Magdalena, moraban gentes dispersas que a duras penas habían escuchado el nombre de Cristo. Otras se habían desengañado de los misioneros españoles que presentaban a Fernando VII como enviado del Altísimo y que fueron encubridores de la rapiña por parte de sus paisanos que nunca buscaron milagros sino oro físico. Habitantes hirsutos y primitivos que de acuerdo con los postulados misionales, merecían rescate del sedimento de idolatría que legaron los aborígenes o de la superstición que introdujeron los negros africanos, conducidos en recua con zurriago y hambre por los crueles buscadores de Eldorado. Sus amos decían que las gentes de color no tenían alma. Por allí brotó en Builes el ferviente deseo de fundar un noviciado de misioneros. Al comunicarlo a Pedro Nel Ospina, el presidente se entusiasmó. (Zapata, 1973, p. 68)²

El Seminario de Misioneros, creado en el poblado de Yarumal en 1927, se convirtió en una de las obras emblemáticas de Builes. Sus objetivos eran claros: “1o. Reducir a los infieles [...] 2o. Catequizar a los que sin ser infieles viven como tales en las selvas o en las costas de los mares, y en las riberas de los grandes ríos y otros lugares [...] 3o. Misionar las aldeas y los campos” (Olano, 1979, p. 274). Para cumplir estos objetivos, el seminario debía aspirar a un clero dispuesto a internarse en la profundidad de la montaña y la selva, sensible a las creencias de indígenas, negros, colonos y campesinos, y sobre todo dispuesto a militar con espíritu beligerante por la causa de la Iglesia en medio de las graves amenazas que la acechaban.³ El celo pastoral de Builes se concentró tanto en las provincias

-
- 2 Dirá Builes en algún momento que su espíritu misionero fue movido en principio por la lástima que le provocaban esos “[...] que siendo bautizados, viven como salvajes... El amor a los puros salvajes se me ha despertado después, merced a la intensa propaganda misional de estos tiempos, merced al Congreso Misional de Bogotá, merced a las grandiosas encíclicas de Su Santidad Benedicto XV y de Pío XI” (Anónimo, 1934, p. 115).
 - 3 Uno de los discípulos de Builes en Yarumal, el expresidente de la República Belisario Betancur, decía sobre sus épocas de seminarista lo siguiente: “Quizá la clase que más le interesaba era la

auríferas de Zaragoza, Segovia, Remedios, Amalfi y Yolombó, como en los poblados vecinos de Yondó y Puerto Berrío, donde a su parecer los campesinos llevaban vidas solitarias, tristes y disipadas, expuestos por demás a los males de esa “Babilonia Tropical” que era el poblado de Barrancabermeja. Los enemigos declarados de Builes serían desde entonces las prácticas paganas e idolátricas, las iglesias protestantes evangélicas y, sobre todo, las ideologías liberales y comunistas (Londoño, 2006, p. 221; Pacific School of Religion, 2016, pp. 25-30).

Una de las festividades más importantes de la Diócesis era la celebración de la fiesta de Nuestra Señora de la Candelaria, cada 2 de febrero. En esa festividad Builes leía una carta pastoral, habitualmente una diatriba contra los males del momento y una exhortación a lo que debía ser el proceder de los cristianos ante ellos. Durante los años veinte el objetivo privilegiado de las diatribas fue el liberalismo, pero desde los años treinta lo fue el comunismo —“[...] la más reciente en la saga de las herejías [...]” (Builes, 1939, p. 355)—. Para Builes, el comunismo era culpable de dos grandes pecados, atentar contra Dios y atentar contra la propiedad privada, y si se debía actuar contra él de modo urgente era porque en Colombia resultaba más amenazante que en otros países que lo estaban padeciendo como Rusia, México o la propia España —para Builes la Revolución Mexicana y la República Española eran comunistas—. La razón de que el comunismo en Colombia fuera más amenazante era una sola: el trópico. Para Builes, “[...] nuestro temperamento tropical irá mucho más lejos que los temperamentos eslavo, azteca y español [...] nuestra sangre mezclada de varias y ardientes razas no conoce términos medios y se va siempre por los extremos”. Para el obispo-cruzado si había un espacio posible para que el país fuera infestado por el comunismo este era el río Magdalena (Builes, 1939, p. 364). Ante esta amenaza, Builes proponía cuatro remedios: 1) el exorcismo, la bendición y el rosario; 2) realización de obras sociales; 3) infundir la vida cristiana en el pueblo, y 4) la acción del Gobierno y del ejército colombiano (Builes, 1939, p. 373). Sobre el exorcismo, la bendición y el rosario dirá:

agricultura práctica, porque todos los seminaristas y los profesores de los cursos, y monseñor Builes, todos éramos agricultores. Yo venía de echar azadón, de verdad y por necesidad; y consideraba un poco indignante el tener que hacerlo [...]; años después supe por qué estas clases, idea del propio monseñor Builes, eran consideradas por él tan importantes como la enseñanza tomista. Lo que monseñor Builes quería formar era curas misioneros, colonizadores, abridores de monte; y con justa razón creía que solo un sacerdote que supiera a fondo la agricultura, podía hablar con los campesinos de tú a tú [...] Así, pues, las verduras que comíamos en el seminario, las papas, las arracachas, los plátanos, las yucas, eran cultivadas por nosotros mismos” (citado por Figueroa, 2016, p. 255). Paradójicamente, esta convicción de Builes de formar una clerecía cercana al campesinado no solo redundó en nuevas generaciones de sacerdotes prendados a un tradicionalismo cerrado, sino también en la aparición de algunos sacerdotes más sensibles a los problemas del campesinado, por ejemplo, Gerardo Valencia Cano, vicario episcopal de Buenaventura, quien fuera formado en el seminario de Yarumal.